

Q. C.—La canción, como todas las manifestaciones artísticas, yo diría que está en un compás de espera hasta las elecciones del próximo quince de junio. Algunos cantantes están cumpliendo una función de agitación, ayudando también a la financiación de sus partidos. Hay pocos cantantes al servicio de lo político, en un amplio y genérico sentido. Prevalece el criterio de defender la parcela particular, pero yo creo que existen más problemas de forma que de fondo. Habría que propiciar una discusión amplia, abierta y honesta, entre los cantantes, periodistas, organizadores y toda la gente interesada en clarificar esta situación y el papel de los cantantes y músicos.

Pero, ¿cómo se puede conciliar la muy respetable militancia de un artista, cantor en este caso, con la presencia ante un auditorio no siempre definido y en todo caso complejo y amplio, como la propia realidad del país?

Q. C.—Hay que partir de un absoluto respeto para el otro, ya sea público o ya sea artista: la canción es un reflejo de la vida, y la vida se muestra dinámica, compleja, cambiante. En lo que se refiere a la militancia, hay diferentes criterios por parte de otros compañeros, y todos ellos son absolutamente respetables.

Hay que desterrar eso de que "si no hace las cosas como yo, no tiene razón". Dicho esto, yo pienso que la militancia se le da al partido al que uno pertenece; la profesión se le da a la unidad del movimiento obrero, de la oposición democrática. Personalmente, estoy abierto a la colaboración con todos los grupos de este cariz.

¿Y cuáles son las mejores armas que puede esgrimir un cantante popular democrático y consciente en la actualidad? ¿Basta con la buena intención y con una denuncia más o menos apasionada? Musicalmente, ¿hay que responder con nuevas formas? (lo cual no presupone olvidar o menospreciar las anteriores, procedentes del folklore histórico, pero sí superarlo, recogiendo lo válido de él).

Q. C.—El asunto que se plantea, aquí y ahora, es el poder ganar la batalla de la calidad a la canción popular franquista y sus derivados. La canción del régimen (la del antiguo y la del que se nos promete), esto es, para entendernos, los Raphael, Escobar y sus respectivos sucesores, esa canción no es que carezca de calidad, es que responde a unos conceptos caducos, posee en sí misma una serie de elementos retrógrados, reaccionarios. Nuestra misión es responder a



Quintín Cabrera.

esa canción, y a toda la que nos ha podido invadir del mismo carácter, procedente de donde sea, con una canción adulta, de calidad, innovadora. Para eso hay que trabajar mucho: si ahora te quedas parado, eso ya es un retroceso. Luego, claro está, se encuentra la dificultad de poder ofrecer siempre un espectáculo musical de categoría, con varios elementos de trabajo contigo, a los que hay que considerar profesionales ante todo: si vas a actuar a un lugar donde te informan de la huelga de la construc-

ción, por poner un ejemplo, pues evidentemente tienes que dejar buena parte del dinero para esa causa mucho más importante. Y de esa forma, nuestra inestabilidad sigue siendo grande...

Finalmente, una breve mirada al nuevo disco. Una grabación que contiene canciones del propio Quintín, en buena medida, donde, sin olvidar su origen, da cara a la nueva problemática catalana que tiene enfrente.

Q. C.—No renuncio para nada a mi ascendencia uruguaya, pero la realidad me lleva a mi nueva patria: pago en pesetas, mis hijos van a la escuela catalana, mis vecinos y yo vivimos los problemas del Estado español. A nivel de música, escucho a Secta Sónica, a la Rondalla de la Costa, a Labordeta, a la Compañía Dharma. Estoy más cerca de todo ello que del folklore uruguayo, y eso se refleja en el disco, aunque no es totalmente catalán aún. Hay canciones de amor, de lucha, de cachondeo. Yo creo que es un producto audible... ■ ALVARO FEITO.

En defensa del derecho a divertirse

Hace pocos números de TRIUNFO publiqué yo una breve nota titulada interrogativamente: "¿Revive la noche madrileña?". Ahora puedo contestar a mi propia pregunta: No; no revive la noche de Madrid, y por lo visto, también se apaga el día. Por lo visto, el Centro Argüelles, al que me refería concretamente en mi trabajo, ha sido considerado "zona conflictiva" —que no sé lo que exactamente significa—; las autoridades, basándose en esta consideración, han ordenado el cierre de muchos bares de la zona, y parece que se proponen iniciar una campaña de desmantelamiento de tan simpático y positivo centro comercial.

En nuestra sociedad ser joven es, como dice Burroughs, "un delito virtual". El odio a la juventud se manifiesta de mil distintas formas: los grupos "controlados" de extrema derecha ponen bombas en los centros juveniles de barriada, y la Policía disuelve los mítines de jóvenes que sólo piden algo tan elemental e inocuo como el derecho a votar desde los dieciocho años. El Centro Argüelles ha sido, desde que empezó a funcionar como lugar de reunión juvenil, blanco de todo tipo de iras, empezando por las de los mismos vecinos de los bloques de viviendas que lo forman, que se sentían ofendidos ante el aspecto de quienes frecuentaban los bares y "boutiques" de la zona. Ha habido redadas policíacas más violentas que en cualquier otra zona de Madrid, ex-

ceptuando el Drugstore de Fuencarral, que se lleva la palma en este aspecto; el fantasma de la droga ha sido utilizado de nuevo para justificar en parte esa represión, como si los consumidores de drogas se concentrasen precisamente en determinados lugares de diversión y no fueran lo suficientemente listos como para no realizar sus actividades ilegales en privado, no en lugares públicos. Los famosos "guerrilleros de Cristo Rey" han aparecido también hace poco, atacando bares tan inocentes como Castell y D. Caimán. Y los vecinos de los bloques han pasado de las simples provocaciones —llegaron a arrojar botellas de agua al patio, a las puertas mismas de los bares— a una campaña sistemática de denuncias —la mayor parte sin fundamento, como la que acusaba de "escándalo público" a un bar como Paddock que todavía no se ha abierto—; ha sido esta campaña de denuncias la que ha dado pie a los cierres de unos bares y a las anulaciones de permisos para otros.

Doscientos ochenta trabajadores del Centro Argüelles pueden quedarse sin trabajo por esto. Y, además, los jóvenes que frecuentaban el patio y los locales de dicho centro se quedan sin tener dónde ir: las discotecas son caras, los cines prohibitivos... ¿De qué manera se divierten los jóvenes? ¿No es reivindicable también el derecho a la diversión? ■ E. H. I.

ARTE

La primavera del calendario, y mi primavera personal, además, si es que no altera la sangre, altera por lo menos el ritmo normal de mi visita a las galerías de arte. A mi regreso de Galicia, mis mejores propósitos de incorporarme a la reseña de exposiciones de manera regular, fracasaron. Una serie de circunstancias hicieron fracasar mis buenos propósitos: la primavera, efectivamente, que siempre conspira contra el buen propósito de encerrarse un rato en una sala de exposiciones, y luego algo que ya empieza a palparse, aunque la campaña electoral no ha empezado todavía: la pre-campaña electoral.

Ayer por la mañana llegó Rafael Alberti, que será uno de los candidatos comunistas. Por la noche cenamos con él unos cuantos amigos, entre los que estaban José Bergamín. Eso nos permitió asistir a un torneo de humor entre ambos, lleno de mutuo cariño... Era un diálogo inteligente que, como diría Ortega, seguramente estaba vedado